
Clausura del Año Universitario de 1934

El lunes 31 a horas diez de la mañana se llevó a cabo la ceremonia de la clausura del año académico de la Universidad Católica de Lima, así como la entrega de diplomas a los alumnos que durante el curso de 1934 han sobresalido en el estudio de las diversas disciplinas. Numerosa concurrencia asistió a este importante acto cultural, que fué presidido por el Presidente del Gabinete y Ministro de Justicia, Culto, Instrucción y Beneficencia, doctor Carlos Arenas y Loyza. El discurso de orden corrió a cargo del ingeniero señor Cristóbal Losada y Puga, quien disertó brillantemente sobre "la necesidad de una mayor dedicación a la investigación científica".

A la hora indicada llegaron al local de la Universidad, el Arzobispo de Lima, Monseñor Pedro Pascual Farfán; el Vicario General de la Arquidiócesis, Monseñor Aquiles Castañeda; y el cuerpo docente de este importante centro de altos estudios. Momentos después ingresó al salón el Presidente del Gabinete y Ministro de Instrucción, doctor Carlos Arenas y Loayza. En seguida, el Rector, R. P. Jorge Dintilhac, dió lectura a la memoria del año académico que se termina.

MEMORIA DEL RECTOR:

Sr. Ministro de Instrucción.

Excmo. Sr. Arzobispo.

Señores Catedráticos.

Amados Estudiantes.

El año académico que hoy termina, ha sido con el favor de Dios uno de los más prósperos de los que constituyen la vida, aún corta de nuestra Universidad.

Nuestro alumnado ha alcanzado la cifra de 1167 matriculados, los que se clasifican como sigue: 494 en la Facultad de Letras, 286 en la de Jurisprudencia, 46 en la de Ingeniería, 48 en la de Ciencias Políticas y Econó-

micas, 187 en el Instituto Superior de Comercio y 36 en el Instituto Superior Femenino.

Según costumbre, el año se abrió con la Misa de "Spiritu Sancto" a la que asistieron catedráticos y alumnos, y celebróse en seguida una actuación académica bajo la presidencia del Excmo. Sr. Arzobispo. Pronunció el discurso de orden el Dr. Raúl Ferrero Rebagliatti, quién ponderó muy oportunamente los deberes sociales del estudiante católico.

Terminó el acto con la bendición del nuevo local de la Biblioteca, llevada a cabo por nuestro venerado Prelado y apadrinada por el señor S. Gutiérrez y la Sra. Adriana Gálvez de Gutiérrez cuya generosa colaboración nos permitiera realizar la nueva construcción. Una vez más me complazco en agradecer a nuestros ilustres bienhechores ese acto de generosidad que ha tenido como consecuencia una influencia extraordinariamente fecunda en la formación intelectual y moral de nuestros jóvenes.

Facultad de Letras.—Los alumnos de esta Facultad, no obstante su número elevado y la inquietud propia de su edad, nos han dado completa satisfacción por su docilidad y por su contracción al trabajo, pues se han esforzado en su mayoría por cumplir debidamente con los temas y pasos numerosos que se les han exigido.

Con el fin de ejercer una mayor vigilancia sobre los estudios se ha aumentado este año el número de profesores auxiliares escogidos en la Sección doctoral de la misma Facultad.

Merced a la gentileza del doctor Juan E. Cavazzana, laureado de la Universidad de Génova y del señor don Carlos Radicatti, hemos inaugurado este año los cursos de Latín y de Italiano que han dictado respectivamente cada uno de esos abnegados maestros. El RP. Lázaro Rouy de los SS. CC. a quien se confiara el Curso Público de Francés, ha cumplido su cometido con mucho celo y éxito.

El señor don Ricardo Westermann ha continuado con toda perseverancia dictando el curso de Alemán, prestando así a la Universidad su cooperación siempre graciosa y entusiasta.

A estos beneméritos colaboradores nuestros y generosos bienhechores de la juventud estudiosa, la Universidad les rinde su tributo de gratitud.

Con motivo de la inauguración del Curso de Latín, el doctor Cavazzana pronunció un bellissimo discurso en el que encarecía la necesidad para el hombre culto de conocer la lengua de la antigua Roma, civilizadora del mundo, mayormente si se consagra al estudio de las Letras o del Dere-

cho. Y es cosa de lamentar muy de veras que en el Perú, nación de lengua y civilización latina, no se incluya el estudio del Latín en los Programas de Instrucción Primaria y Media, cuando vemos que en los mismos países germanos y anglosajones se declara su estudio obligatorio en los Colegios y Universidades.

Al facilitar a nuestros alumnos el estudio del Latín, nuestra Universidad cree realizar un esfuerzo muy eficaz a favor de la cultura nacional.

Curso de Geografía.—Agradezco en esta solemne oportunidad la colaboración que nos han prestado durante este año algunas destacadas personas como el Dr. Carlos Monge, que ofreció una Conferencia sobre "La Biología del Hombre Peruano en el Ande"; el Ing^o. J. Gamarra Dulanto que habló a nuestros alumnos de Geografía sobre "Aves Guaneras"; el Ing^o. Yacovleff, el señor Ricardo Flores, la señora Ana de Cabrera, don Alomías Robles y otros distinguidos artistas, que ofrecieron a los mismos alumnos recitales de folklore peruano o trataron de la flora, fauna y arte nacionales.

En esta Facultad se han otorgado durante el año 9 títulos de Bachiller y 4 títulos de doctores. Se ha incorporado en el claustro de esta Facultad para desempeñar interinamente la Cátedra de Geografía el doctor Raúl Ferrero.

Facultad de Jurisprudencia.—La Facultad de Jurisprudencia que este año ha recibido como el anterior, un buen número de alumnos de la Universidad Mayor de San Marcos ha trabajado tenaz y silenciosamente, sin que ningún incidente haya perturbado la paz de sus estudios. Merced a esa perseverante y no interrumpida labor han logrado los alumnos coronar el año con buenos exámenes y muchos de ellos su larga carrera estudiantil.

Se han creado dos nuevos Seminarios o Círculos de Estudios uno de Filosofía del Derecho y otro de Economía Política, habiéndose en este último especialmente, presentado muy buenos estudios que nuestra Revista publicará en tiempo oportuno.

Se han incorporado al claustro de esta Facultad el señor Juan Allison como profesor de Sociología Cristiana, el doctor Jorge Arce Más, a título de Catedrático de Filosofía del Derecho, el doctor Jorge Young Bazo, como Catedrático Auxiliar de Derecho Civil y el doctor Alfonso Benavides Loredó para desempeñar la Cátedra de Historia del Derecho Peruano e

Historia de América, y el doctor José Valencia Cárdenas para desempeñar interinamente la Cátedra de Economía Política.

Durante el año se han conferido 11 títulos de Bachiller y 6 de Abogado.

La Facultad de Ciencias Políticas y Económicas ha expedido 3 títulos de Bachiller.

Facultad de Ingeniería.—Esta Facultad que ha seguido funcionando con una regularidad y dedicación suma constituye para nuestra Universidad un ejemplo y una de sus más firmes esperanzas.

Iniciadas las clases el día 2 de abril, la labor del año se ha realizado en 36 semanas con 181 días útiles, aparte de 15 empleados en los exámenes oficiales.

En esos 181 días útiles, el trabajo diario ha sido de 5 horas en promedio; dedicados en un cincuenta por ciento a clases teóricas, experiencias de laboratorio y resolución de problemas técnicos bajo la dirección de los profesores y auxiliares. Han llegado a rendir exámenes oficiales 33 alumnos, 16 en el segundo año y 17 en el primero, siendo el promedio de asistencia de estos 33 alumnos $94 \frac{1}{4} \%$; es decir que sus faltas de asistencia no han llegado al 6%

El interés tomado por los profesores, en su labor de enseñanza, está demostrado por su asidua concurrencia, pues no llega a 3%, el número de clases técnicas dejadas de dictarse por inasistencia de los profesores; habiendo cursos que en promedio han tenido 160 horas de trabajo, entre clases teóricas y prácticas; cuyos programas han sido cumplidos sin que los profesores hayan dejado de concurrir una sola vez.

Durante el año se han construido nuevos salones para clases y laboratorios, en el local de la Facultad; y se ha instalado la sección de electricidad del laboratorio de Física.

Algunas personas nos han ayudado en las adquisiciones de material de enseñanza y en la edificación de los nuevos salones; pero la Facultad siempre se encuentra haciendo frente a grandes necesidades de orden económico, como no puede dejar de ocurrir tratándose de una institución en pleno periodo de formación y de crecimiento.

El Instituto Superior de Ciencias Comerciales que se inaugurara hace tres años con el nombre de Sección Comercial ha crecido notablemente este año, y merced al Decreto Ministerial del 6 de abril del presente año, pueden los alumnos que lo soliciten oficializar sus títulos, inclusive el de Contador Público, siendo nuestra Universidad la primera Institución que establece este título en el Perú. Esta medida que capacita nuestro Ins-

tituto para laborar más eficazmente por el bien de un sector muy importante de nuestra juventud, nos obliga al mismo tiempo a darle una nueva organización en relación con la importancia ya conseguida y con los altos fines que está llamado a realizar.

La Biblioteca

Esta Sección que constituye instrumento indispensable y verdadero eje de la labor cultural de la Universidad, ha merecido una especialísima dedicación de las autoridades del Claustro.

Al inaugurar el actual año de estudios, inaugurábamos también un nuevo local para la Biblioteca, constituido por dos amplios salones dedicados a los lectores y a los libros respectivamente, y en los que, mediante su adecuada construcción y las modernas instalaciones de iluminación eléctrica se ha realizado un servicio matutino y vespertino desde las 9 de la mañana a las 8 de la noche, con una interrupción de dos horas únicamente en el mediodía.

Esta ampliación en el local y el aumento de las horas de lectura no han sido, sin embargo, suficientes para contener y servir como deseáramos al numeroso público, constituido en su mayoría, aunque no únicamente, por el alumnado.

Los índices proporcionados por el Servicio de Estadística y que ya tuviéramos ocasión de manifestar en anterior ocasión, señalan en 25.400 el total de obras consultadas por 16,845 lectores, lo que acusa un aumento de 100 % en estos últimos y de 106 % en las primeras, en relación con el año de 1933.

Este apreciable aumento, que no es sino el reflejo del espíritu de estudio y de la contracción que maestros y alumnos dedican a la cultura, ha sido también posible por el aumento constante de obras, producto de generosos y comprensivos donativos y de adquisiciones que realizadas tanto en el extranjero como en el país, propiciamos dentro de las posibilidades de nuestra capacidad económica y de la naturaleza confesional de nuestra Institución.

Entre los donativos recibidos en el presente año merecen especial mención el realizado por los esposos Gutiérrez Gálvez, consistente en parte apreciable de la biblioteca de quien fuera eminente jurista y hábil diplo-

mático, doctor Manuel María Gálvez, y el del doctor Alfredo Correa y Elías, competente profesor de nuestro Curso de Vacaciones de 1934.

A pesar de tan generosas ayudas y de nuestros constantes esfuerzos, la existencia de obras de nuestra Biblioteca basta a cubrir apenas las necesidades más urgentes.

Analizando el movimiento de libros del año que clausuramos, debemos destacar los hechos siguientes: el 25 % de las obras consultadas corresponden a los cursos de Religión y Filosofía que se siguen en todas las Facultades e Institutos de la Universidad y son los que le dan la médula de la doctrina; el 41% está constituido por obras de carácter humanista como son las históricas, literarias, geográficas, artísticas, etc.; las Ciencias Sociales están representadas por el 12.5% que comprende obras de Economía, Sociología, etc. y revistas de documentación y estudios nacionales y extranjeras. A los cursos puramente profesionales le pertenece únicamente un 13%, lo que demuestra palpablemente el sentido moderno que orienta los estudios en esta Universidad y el espíritu de maestros y alumnos.

Demuestran éstos hechos que la Biblioteca de la Universidad cumple en la medida de sus fuerzas con la función que está llamada a realizar, orientando los estudios que en ella se realizan. Lo contrario sería servir todavía la desacreditada causa liberal que filosófica y socialmente ha sido denunciada por las actuales concepciones de la Cultura, las que tornan en este aspecto a la tradicional doctrina católica, concibiendo aquella como un todo estructurado y jerárquico, vale decir espiritualmente orgánico, que sirve a la vida conduciéndola a las metas de Verdad y de Bien que objetivamente existen y que pragmáticamente se proponen. La conciencia sin contenido inicial y la duda metódica son principios definitivamente superados.

Finalmente, y como una dependencia de la Biblioteca, debemos mencionar el Servicio de Adquisición de Libros al Extranjero, que conecta al comprador con las editoriales, proporciona catálogos, realiza los pedidos, etc., no solamente sin recargar al interesado sino haciéndolo participe de las rebajas que la misma Universidad tiene en algunas editoriales.

Durante el año se han verificado algunos actos que al mismo tiempo que han venido a romper la monotonía de los estudios, han servido también para fomentar los nobles sentimientos que animan el corazón de nuestra juventud.

Debo mencionar en primer lugar los ejercicios espirituales predicados

por el R. P. Francisco Arámburu del Convento de los Descalzos y la Comunidad General que los terminó en la que participaron juntamente un gran número de profesores y alumnos. Este acto colectivo de fe y de piedad, propio de toda Universidad Católica, ha demostrado que, también en nuestra juventud puede prender la sagrada llama que hoy en día inflama a las numerosas falanges que por todas partes enarbolan la bandera de Cristo.

El 2 de junio nuestra Universidad, organizó una solemne actuación la que el señor Presidente de la República se dignó realzar con su presencia, en honor del acuerdo celebrado entre el Perú y Colombia, relativo al asunto de Leticia. El discurso de orden estuvo a cargo del doctor José Félix Aramburú, Catedrático de Derecho Internacional.

Durante las vacaciones de julio un grupo de alumnos emprendió un viaje de amistad hasta Huánuco, donde los elementos más destacados de la sociedad les brindaron una acogida cordial y sincera. Esperamos grandes frutos para nuestra Universidad de esta visita y de las que deben seguir a las distintas ciudades de provincia.

Nos es grato recordar en este momento la inolvidable visita que nos hizo en setiembre último el Vice-Rector de la Universidad Católica de Chile con un grupo selecto de sus alumnos. Catedráticos y alumnos se unieron llenos de júbilo para brindarles un fraternal homenaje, saludandolos a nombre de todos el señor Héctor Velarde, Catedrático de Arquitectura en nuestra Facultad de Ingeniería. La Universidad Católica considera que es de gran interés para el porvenir de ambos países el establecer un contacto amistoso y permanente entre los estudiantes de ambas Universidades, y por nuestra parte procuraremos corresponder el año próximo a la amable visita recibida.

Esta simpatía ya existente se ha manifestado últimamente con la recepción cordial que la Universidad Católica de Chile dispensó a nuestro Catedrático, el doctor José Leonidas Madueño, quien en su paso por esa Universidad, en octubre pasado, fué nombrado doctor Honoris Causa de la Facultad de Jurisprudencia en sesión plena.

El día de la Universidad ha sido celebrado con mayor entusiasmo que los años anteriores. Después de la misa, en la que comulgaron muchos profesores y alumnos, se realizó una función artística en honor de los "Amigos de la Universidad Católica" organizada por los mismos alumnos y en el curso de la cual, el nuevo Secretario de la misma doctor Alfonso

Benavides Loredo hizo uso de la palabra para agradecer a todos nuestros cooperadores su contribución y manifestar la necesidad de aumentar su número y sus recursos en vista de los trascendentales fines que persigue la Universidad Católica.

Ese mismo día se reunieron en torno de una misma mesa trescientos profesores y alumnos quienes sellaron con esta nueva manifestación el sano espíritu de concordia y respeto que une al profesorado y al alumnado de nuestra querida Universidad.

He aquí SS. una breve exposición de la marcha de nuestra Institución durante este año de 1934: una labor tranquila, quizá monótona, pero sí perseverante y fecunda, la que se manifestará en óptimos frutos, Dios mediante, en un porvenir no lejano.

Ese resultado tan halagüeño para todos los corazones patriotas y religiosos especialmente en la hora presente, se debe en primer lugar a la abnegación de nuestros Catedráticos que no han omitido esfuerzo alguno por inculcar en la mente y en el corazón de sus discípulos los austeros principios del deber, al mismo tiempo que ilustraban sus mentes con las luces de su experiencia; y en segundo lugar a la docilidad y al noble deseo de saber que han encontrado en el alumnado.

Y al enaltecer la labor tan meritoria de nuestros Catedráticos, cumplo con el penoso deber de recordar los nombres de dos esclarecidos maestros que la muerte ha arrebatado inesperadamente en el presente año al sincero afecto y alta estimación del claustro y del alumnado, a saber: el ingeniero don José Rafael de la Puente, uno de los fundadores de nuestra Facultad de Ingeniería y eminente profesor de Química en la misma, y el doctor Solón Polo, Catedrático de Derecho Peruano, Cátedra que dejó interinamente por haber sido llamado en vista de sus méritos excepcionales a ocuparse de los intereses de la Nación a la cabeza de la Cancillería.

A esos fervientes amigos de la juventud y gloria de su claustro, la Universidad Católica dedica su piadoso e imperecedero recuerdo.

Este es, SS., un momento muy oportuno para recordar que la instrucción cristiana de la juventud y muy particularmente la formación cristiana de la juventud universitaria. es hoy día de capital importancia para la Religión y la Sociedad. En efecto. Hase propagado en estos últimos tiempos la idea de que ni el individuo, ni la familia, ni el Estado necesitan de Dios. Este ateísmo práctico en el que se educa gran parte de la ju-

ventud es el auxiliar más poderoso del comunismo que a manera de un sangriento espectro se cierne hoy día sobre el mundo; es el precursor y el inspirador de los trastornos sociales que amenazan dar al traste con nuestra civilización. Y no puede ser de otra manera: porque si al joven se le forma en la ignorancia o lo que es lo mismo en el desprecio de Dios y de sus Mandamientos, se volverá su propio legislador y despreciador de toda autoridad. Y si los hombres no creen en la vida futura, se disputarán como fieras los pocos bienes que suministra el mundo, o buscarán en el vil asesinato o en el suicidio el remedio de sus males y de sus congojas.

Por eso decían los antiguos que es más fácil edificar una ciudad sobre las nubes que formar un Estado sin Dios: los acontecimientos actuales realizados en el mundo, prueban la verdad de esa sentencia.

Pues bien: siendo el laicismo y el comunismo su hermano, frutos del ateísmo propagado por los letrados traidores a su misión providencial, sólo pueden ser combatidos eficazmente por letrados sabios y creyentes, cuya palabra y escritos sean el sol luminoso que desvanezca las tinieblas del error y los guías seguros que conduzcan a la Verdad a las almas ansiosas de saber.

Para formar a tales lumbreras y a tales guías, se han creado en todas partes Universidades Católicas, y para ese mismo fin se ha creado la nuestra. Y ya que el cumplimiento de su alta misión depende estrechamente de los medios de que disponga, solicita de todas las almas religiosas y patriotas su más amplia colaboración con el fin de que nuestra Universidad crezca y florezca más y más cada día, pues sólo una juventud creyente y moral puede ser la base y la garantía de un Perú próspero y glorioso.

Señor Ministro:

Vuestra presencia entre nosotros, representando al Jefe de Estado es un honor y un estímulo: ella nos manifiesta que el Supremo Gobierno conoce y aprecia la abnegada labor de nuestros Catedráticos así como los nobles esfuerzos de nuestros alumnos para corresponder a las grandes esperanzas de la Patria cifra en ellos; y también ella nos garantiza que podemos contar con vuestra alta benevolencia en la prosecución de los fines que nuestra Universidad se propone.

La Universidad Católica le quedará por todo ello, profundamente agradecido.

Excmo. S. Arzobispo:

Vos representáis para nosotros el Pastor Soberano cuyas Obras admirables y cuyas Leyes Santas constituyen el tema de nuestros estudios y la norma de nuestra vida. La Universidad Católica os dirige por lo tanto sus homenajes más rendidos y se pone una vez más bajo la dirección y el amparo de vuestro cayado paternal.

He dicho.

Diciembre 3, de 1934.

Después se dió lectura a la lista de los alumnos premiados.

FACULTAD DE LETRAS

Primer Año

Sicología, Historia Media, Geografía Social: señor Juan Teófilo Ibarra Samanez; Moral, Historia Antigua y Religión, primer curso: señor Manuel Alayza Rospigliosi; Geografía Física, señorita Dorila Rivadeneyra; Revisión de Castellano, señor Alfonso Tealdo, en suerte con don Carlos Ledgard Jiménez; Inglés, primer curso, don Luis Concha Boy; Francés, primer curso: don Edgardo Herrera Bustamante, en suerte con doña Cira Golffer y don Luis Concha Boy.

Segundo Año

Lógica, Metafísica, Antropología: señorita Ella Dunbar Temple; Historia Moderna, Francés, segundo curso: señorita Matilde Pérez Palacio; Literatura Castellana, Historia Contemporánea: don Jorge Villarán Pasquel; Religión, segundo curso: señorita René Bueno; Historia del Perú: don Guillermo Lohmann Villena; Inglés, segundo curso: don Luis J. Olivera Verástegui.

Sección Doctoral

Literatura Antigua, Literatura General: don Alberto Wagner de Reina; Filosofía de la Educación: doña Reina Bazán en suerte con doña

Luz Jarrín y don Alberto Wagner; Historia del Arte: doña Beatriz Cisneros, en suerte con doña Reina Bazán; Literatura Moderna: don Pedro Benvenuto Murrieta; Historia de América: don Humberto Molina Agüero en suerte con don Alberto Wagner.

FACULTAD DE JURISPRUDENCIA

Filosofía del Derecho, Derecho Civil, primer curso, Religión, tercer curso: don Alberto Wagner de Reina; Derecho Civil, segundo curso: don Francisco Velasco Gallo; Derecho Civil, tercer curso, Derecho Procesal Civil, Sociología Cristiana: doña María Luisa Calmell del Solar; Derecho Canónico y Público Eclesiástico: don José Bentín, en suerte con doña Lola Blanco; Filosofía de la Religión, cuarto curso, don Pedro Benvenuto Murrieta, en suerte con don Javier Pulgar; Historia del Derecho Peruano: doña Alicia Blanco Montesinos; Derechos Industriales: don Andrés León Montalbán.

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y ECONOMICAS

Derecho Constitucional del Perú: doña Luz Jarrín; Derecho Administrativo: don Salvador Gutiérrez Gálvez, en suerte con don José Pareja Paz Soldán; Derecho Internacional Público: don José Alfredo Hernández; Finanzas: doña Alicia Blanco Montesinos; Derecho Consular y Legislación Consular y Aduanera del Perú: don Carlos Radicati; Economía Política: don Lincoln Pinzás

FACULTAD DE INGENIERIA

Primer Año

Revisión y Complementos de Matemáticas, primera Cátedra: don Víctor A. Estremadoyro; Revisión y Complementos de Matemáticas, segunda Cátedra, Geometría Analítica, Cálculo Infinitesimal y Nomografía, Geometría Descriptiva: don Raúl Villena Gutiérrez; Física: don Felipe Rey Bull; Dibujo: don Luis Malatesta Boza.

Segundo Año

Cálculo Infinitesimal, segundo curso, Mecánica: don José Tola Pasquel; Topografía: don Alberto Belaúnde; Geología: don Eduardo Young

Bazo; Economía Política; don Enrique Olazábal; Dibujo: don Felipe Der-teano.

INSTITUTO SUPERIOR DE CIENCIAS COMERCIALES

Primer año: don Guillermo Valle y Podio; segundo año: don Enrique Gutiérrez; tercer año: Félix Prado Morante; cuarto año: don Alfredo Malatesta Boza; quinto año: don Luis Valle y Suárez.

Cada uno de estos alumnos recibió las felicitaciones de las distinguidas personas que presidían tan interesante ceremonia y los aplausos cariñosos de sus compañeros de aulas.

El doctor Arenas y Loayza, en una brillante improvisación, expresó su admiración por el Rector, que con esforzada perseverancia, guía a la Universidad y al selecto Cuerpo de Catedráticos, que no han omitido esfuerzos por llevar adelante el prestigio de este alto centro educacional. Asimismo, tuvo palabras de aliento para los intelectuales y distinguidas matronas que han cooperado económicamente a su sostenimiento. Hizo hincapié sobre la necesidad de unir estos dos procesos fundamentales de la formación de la juventud: la educación y la instrucción. Muy particularmente, se refirió a las tres funciones de la Universidad: la profesional, la científica y la cívica.

Las palabras del doctor Arenas fueron calurosamente aplaudidas por la numerosa concurrencia.

En seguida, el ingeniero señor Cristóbal Losada y Puga pronunció el siguiente discurso de orden:

Honrado por la Universidad Católica del Perú con la designación de mi persona para pronunciar el discurso académico en la ceremonia de clausura de las labores del año 1934, no he tenido gran vacilación al escoger el tema del trabajo que voy a leeros.

No ha dejado de tentarme el examen de alguno de los grandes problemas que se plantean al pensamiento contemporáneo en las ciencias de mi predilección: el resurgimiento del intuicionismo frente al rigor, en las Matemáticas; la crisis de los conceptos de causalidad y determinismo, que aparecida en las ciencias físicas puede trascender al terreno de la psicología y de la metafísica; los nuevos estudios sobre la estructura, dimensiones y evolución del Universo: he allí otros tantos temas palpitantes que un hombre orientado hacia los estudios fisico-matemáticos puede sentirse inclinado a tratar en un discurso de la índole del presente. Sin em-

bargo, me ha parecido de más importancia y de más interés en esta tribuna, el analizar los medios de aumentar en cantidad y mejorar en calidad la escasa e incipiente producción científica de nuestra patria, entendiendo tal producción científica en su más amplio y alto significado.

Debe entenderse que aspiro a ver una intensa producción peruana en todas las ramas de la cultura; y si mis ejemplos y razonamientos se refieren mayormente a las ciencias físico-matemáticas y a la técnica, esto obedece a la polarización de mi espíritu, no a estrechez de mi criterio.

Veamos primeramente qué podemos conseguir en este camino.

Suelen discutirse de tiempo en tiempo, sobre todo por ensayistas e ideólogos de nuestro Continente, los destinos futuros de la América Latina. Existen los pesimistas para quienes estos pueblos serán ineluctablemente "devorados por el coloso del norte", según reza ya una frase hecha. Existen los ilusos para quienes la América Latina es el continente del porvenir, donde un confuso conglomerado de razas producirá una entidad étnica superior, que alguien ha llegado a denominar "raza cósmica", y que será la llamada a dirigir la marcha de la humanidad. Existen, en fin, aquellos a quienes su pesimismo exagerado convierte en descastados que reniegan de su sangre, de su patria y de su raza, y que no ven para nuestros países otro porvenir que el perpetuamiento de las intrigas políticas y del caudillaje dentro de un ambiente mezquino y estrechamente utilitario.

Estos tres puntos de vista marcan los vértices del triángulo del extremismo en lo tocante a las previsiones sobre nuestro porvenir. El optimismo exagerado y ciego, optimismo un tanto ligero y panfletario, no reposa sobre ningún fundamento serio, ni siquiera aparece como una doctrina atrayente: el que un Continente juvenil, desprovisto por ahora de grandes tradiciones históricas y de personalidad racial, integrado por países cuya conciencia nacional está aún en período de formación, tenga desde ahora la presuntuosa ambición de llegar a regir el mundo, parece una explosión incontrolada de gratuita soberbia, o quizá también sólo sea una de tantas manifestaciones de la insurrección y la indisciplina que por todas partes vemos aflorar.

De otro lado, el excesivo pesimismo tampoco tiene justificación alguna; y no sólo es peligroso porque tiende a paralizar todo impulso fecundo y creador, sino más aún: acaso sea hijo de la molicie, que precisamente

para no ver solicitada la voluntad hacia ningún arduo empeño, se anticipa a proclamar la vanidad de todo esfuerzo.

Huyamos por igual del optimismo infatuado y del pesimismo esterilizante, y no pensemos demasiado en nuestro futuro más lejano y remoto. Tengamos la mirada puesta en el porvenir, pero vivamos el presente y tratemos de mejorarlo. El modo de conseguir ésto es una de las más elevadas manifestaciones del alma nacional—la producción científica,—es el tema en el cual voy a ocuparme.

Es de palmaria evidencia que nuestra producción filosófica, histórica, jurídica, médica, matemática, biológica, técnica, artística, literaria, etc., es muy inferior a la que cabría esperar del no escaso número, de la capacidad y de la preparación de nuestros hombres de estudio, muchos de ellos de gran versación, y verdaderamente eminentes algunos. La propia historia de nuestra patria, el estudio geográfico de nuestro territorio, la elaboración doctrinaria de nuestras instituciones jurídicas y sociales, la investigación médica de nuestras enfermedades peculiares, así como la dilucidación de los grandes problemas de interés universal, son campos en los cuales no se ha desplegado aún lo bastante la actividad de las mentes peruanas.

Esta afirmación de la deficiencia cuantitativa y cualitativa de nuestra producción científica, no necesita ser demostrada mediante un análisis ingrato de lo poco que se hace y de lo mucho que se podría hacer. Basta considerar serenamente el balance de nuestra cultura; más aún: basta mirar en derredor nuestro y ver a innegables eminencias cuya vida transcurre del todo o en gran parte en una improductividad mental realmente desconsoladora.

Es verdad que en el Perú vemos por doquiera deficiencias, imputables en gran parte a fenómenos históricos de consecuencias ineludibles. Pero casi todas estas deficiencias exigirán para ser corregidas un vasto esfuerzo colectivo difícil de provocar. Así, un mejor funcionamiento de nuestras instituciones políticas exigiría un cambio de criterio y de métodos, de varios millones de hombres. Un mayor desarrollo de la economía nacional, sólo sería posible merced a la acción coordinada de varios miles de grandes y pequeños capitalistas. Las actuales deficiencias en esos y otros aspectos de la vida nacional serán de larga y difícil superación; y la responsabilidad de ellas, diluida entre un gran número de peruanos, sólo alcanza a cada uno en forma débil e incierta. En cambio, la pobreza de

nuestra producción intelectual sólo es imputable a unas pocas decenas de hombres, a los que podrían contribuir a ella y no lo hacen; y la responsabilidad consiguiente, repartida entre contadas personas, gravita sobre cada una de ellas en forma individual y abrumadora.

Son fácilmente determinables las causas de esta pobreza de nuestra producción cultural.

El Perú es un país poco poblado, y sin embargo—por el sólo hecho de ser un país—ha de tener un número de altos funcionarios comparable al de cualquier nación mucho más grande y habitada. Jefes del Estado, Ministros, Senadores, Diputados, Diplomáticos, Autoridades Políticas, Magistrados, todo ha de extraerse del pequeño núcleo de nuestra población. Esto hace que haya para los ciudadanos de nuestro país (y lo propio ocurre en todas las naciones que se encuentran en igual caso), un número desproporcionadamente elevado de posibilidades en conexión con el funcionamiento del Estado, y de allí la gran atracción que la política ejerce sobre un enorme número de hombres, y precisamente sobre los más brillantes y mejor dotados.

Esa misma escasez de población hace que cada hombre tenga casi inevitablemente que dispersar su actividad hacia solicitudes diversas y hasta contrapuestas; y así vemos que el ejercicio de una profesión suele hermanarse con la docencia universitaria y con la política; y muchas veces, además, con los negocios. Esto se debe a que, distribuidas las situaciones que un país, aún incipiente, debe proveer, entre los pocos hombres de su "élite", le toca más de un puesto a cada hombre. Hay en ello una fatalidad no ya sociológica, sino aritmética, contra la cual sería inútil rebelarse. Es evidente que esta dispersión de actividades tiene que producir funestos resultados para todas y cada una de ellas; y así, más de una vez hemos tenido que lamentar que hombres eminentes, que hubieran producido magníficos frutos si hubieran concentrado su actividad, no los hayan dado sino muy inferiores a sus posibilidades.

Las inquietudes de la política y esta frenética absorción de heterogéneas funciones son difícilmente conciliables con la producción intelectual, que exige reposo espiritual y tenaz continuidad en el esfuerzo.

Por otra parte, el Perú, como todos los pueblos jóvenes, adolece de

un estrecho y miope practicismo a pesar de que es un lugar común el hablar de nuestro idealismo incurable, de nuestro romanticismo y de nuestro quijotismo. De allí que nuestro espíritu nacional no sea el más apropiado para la labor creadora en el campo de la cultura, pues ella requiere precisamente una elevación generosa y emancipada del utilitarismo inmediato.

En este suelo y en este clima, no puede por lo tanto surgir una frondosa producción intelectual: y así vivimos en un desierto, en un país sin cultura propia, y que vive importando ideas, sistemas, métodos y teorías de extraña procedencia. Pero podemos, con voluntad y paciencia, ir conquistando para nosotros el suelo yermo de este desierto.

Mas en medio de las dificultades anotadas, que son naturales en un país joven y nuevo como el Perú, podríamos hacer mucho más de lo que hacemos si tuviéramos suficiente laboriosidad, suficiente modestia y suficiente persistencia en nuestros designios.

Quien carece de laboriosidad y de persistencia retrocede ante todo esfuerzo amplio, prolongado y tenaz, cuando no espera de él un resultado rápido y tangible, cuando no tiene un objetivo inmediato y concreto. Es la falta de estas cualidades la que hace a nuestra psicología nacional tan poco apta para la realización de designios de largo alcance y que requieran continuidad y paciencia. Y como la producción intelectual exige una orientación—por lo menos parcial—de la vida, de la cual van resultando a la larga libros e ideas, se comprende que ella sea tan escasa en nuestro medio.

Pero laboriosidad y continuidad no serían bastantes para que pudiéramos ostentar una importante producción en el campo del espíritu, si no cooperara con ellas otra cualidad que no suele estar muy desarrollada en nuestro carácter: la modestia bien entendida, igualmente alejada de la vanidad y del aplanamiento.

En el ejercicio mismo de la actividad profesional, en la observación diaria de los hechos o de la vida, encuentra un hombre inteligente infinitas sugerencias que hacen brotar en su espíritu ideas y descubrimientos personales. Y de estos brotes semiespontáneos de la mente, de estas flores casi silvestres que nacen en el campo de la cultura, podríamos formar una modesta pero cierta contribución a la cosecha mundial, si no viniera la vanidad a matarlas apenas nacen. Nuestros hombres de estudio suelen considerar que la idea que ha acudido a su cerebro no es lo bastante ori-

ginal, o lo bastante importante, o lo bastante fecunda para suscitar un gran movimiento de admiración y de aplauso; y por eso no la publican. No hay en ello humildad, sino soberbia. Sub-estiman su obra, porque sobre-estiman a sí mismos. Son muchos los hombres que consideran pequeño todo lo que pudieran hacer, porque sólo juzgan digno de su ciencia, o de su fama, o de su ambición, el resolver un problema trascendental, o el crear un sistema filosófico, o el orientar por nuevos rumbos la marcha del pensamiento humano. De allí que muchas veces nuestros verdaderos hombres de estudio se abstengan de publicar sus trabajos; pero al reprocharles su falta de contribución a la ciencia nacional, no dejemos de rendirles el homenaje que merecen su probidad y su discreción.

En un país como el nuestro, joven y sin gran tradición científica, sin fuerte ambiente intelectual, los investigadores deben abrigar ambiciones muy modestas. Sería fatuidad el pensar que alguno de nosotros va a imprimir rumbos a la cultura, o a resolver alguno uno de los grandes problemas que tiene planteados la ciencia universal. En cada época de la historia, la investigación científica ha marchado en cierta dirección y se ha caracterizado por determinadas tendencias y modalidades, dirección, tendencias y modalidades marcadas por las mentes geniales que guían el pensamiento humano en cada etapa de su desarrollo. Hasta ahora, nosotros los peruanos casi no hemos tomado parte en esta gran caravana de la inquisición científica; pero la reacción, con ser indispensable, no puede consistir en que alguno de nosotros tome inopinadamente el mando de la falange mundial de los sabios: comencemos por incorporarnos al gran movimiento, marchemos detrás y luego al lado de quienes ya están habituados a él; y dentro de una o dos generaciones, habrá entre nosotros algunos hombres que puedan asumir papeles orientadores y directivos en el campo de la ciencia.

Debemos, pues, exhortar a nuestros hombres de estudio a abandonar su actitud habitual de meros receptores de ajena sabiduría y a hacer escuchar su propia voz, pero al hacerlo, guardémonos muy bien de prometerles que sus trabajos llenarán el mundo, o que les traerán una gloria fulgurante. Esos son sueños infantiles, que han deleitado en la adolescencia a todo aquel que ha nacido con una vocación científica acusada, pero que ya en la juventud, y sobre todo en la madurez, no pueden ser acariciados por ninguna persona sensata. Lo único que puede esperar racionalmente un investigador peruano al dedicar algunas horas de su

vida a la producción científica, es contribuir en escala limitada pero siempre honrosa a la dilucidación de algunos problemas de los innúmeros que continuamente se presentan en el campo de la ciencia, alcanzar así una apreciable notoriedad entre los sabios que sobre la faz del planeta estudian los mismos puntos que él, y en fin propender a hacer conocido y estimado el nombre de su patria. Eso es todo lo que la investigación científica puede ofrecernos por ahora como recompensa; pero ya es bastante. Y en todo caso, el cultivo de la ciencia no es un voluntario empeño del espíritu, sino un deber: como ya lo he dicho, tenemos la obligación de contribuir en este plano a mejorar y elevar el ambiente espiritual de nuestro país.

Puede haber un cierto peligro en fomentar con demasiado empeño la producción científica y la investigación original, y este peligro consiste en la posibilidad de que surja un brote excesivo de trabajos triviales y de segundo o tercer orden. El peligro es evidente, y hemos tenido ejemplos vivientes de ello en varios países. Pero aunque al principio no podamos lograr la producción de trabajos de verdadero aliento, resignémonos a esa etapa de transición de los trabajos secundarios y modestos: de entre ellos surgirá algún día un trabajo esencial y profundo.

Ahora analicemos cuáles serán las excusas que pueda oponernos uno de los nuestros, a quien pidamos, a quien exijamos que investigue y produzca.

Su primera excusa será, probablemente, que el ejercicio de su profesión, u ocupaciones extraprofesionales, le impiden dedicar a la producción intelectual el enorme trabajo que ésta requiere. La disculpa carece de validez y de fundamento, por dos razones principales. La primera, que ningún hombre, aunque fuera absolutamente desocupado, podría consagrar todas las horas de una jornada de labor, durante meses y años, a la investigación y al estudio, pues llegaría a agotarse y perdería toda capacidad de trabajo. La segunda razón es que todos los hombres del mundo, con muy pocas excepciones, tienen quehaceres absorbentes sin los cuales no podrían subvenir a las necesidades materiales de su propia vida y de la vida de su familia; de manera que las horas consagradas a la ciencia son siempre las "horas libres", después de rudas tareas profesionales, docentes y aún comerciales. En todo caso, la inmensa mayoría, la casi totalidad de los grandes sabios del mundo han tenido, tienen y tendrán que perder muchas horas, sea en dictar lecciones de un nivel elemental

que en nada contribuyen al desarrollo de su propio pensamiento original, sea en funciones aún más pobres en interés, cuales son las de tomar exámenes y corregir y calificar trabajos escritos de los estudiantes. Por eso los sabios tienen que sacrificar, para dedicarse a la ciencia, el reposo, el descanso, a veces hasta el sueño. Con un poco de buena voluntad y de energía, puede un hombre dedicar al trabajo científico siquiera una hora diaria, de preferencia la primera hora de la mañana. De este modo podrá realizar en un año un trabajo de 360 horas perfectamente útiles que, bien aprovechadas, pueden permitir una labor realmente considerable. Diez años, veinte años, treinta años de esta vida, pueden ser de una utilidad decisiva para la ciencia y para la patria.

Otra cosa que acaso nos diga el intelectual a quien animemos a lanzarse por el camino de la investigación, es que nuestro medio no estimula este género de esfuerzo y que no encuentra aliento, protección ni acicate para tan ardua empresa. Tampoco es aceptable esta disculpa. Un hombre que se resuelve a dedicar un lapso de tiempo cada día, aunque sea solamente una hora, a la ciencia, se procura libros y periódicos que le rodean de un ambiente espiritual no sólo cálido sino frenético. Durante esa hora diaria, él no vivirá en el estrecho medio de cuya incompreensión se queja, sino en el ambiente de la investigación y de la ciencia. Y el considerar a los libros como sus mejores amigos, no será para él una frase literaria dicha en sentido figurado: esa será la realidad de su vida, y verá transcurrir una parte de su existencia en la inefable comunión de los espíritus más excelsos de la humanidad. Si un hombre enérgico puede ser un santo en medio del mundo, cuya maldad y cuyo egoísmo no hay para qué recordar, ¿por qué no ha de bastar la voluntad para vivir una vida de estudio, de honradez, de elevación, en medio de la trivialidad y del utilitarismo de la vida corriente? Y adviértase que mientras el santo logra estar en todo momento a una altura moral inaccesible para el común de las gentes, el sabio sólo necesita mantenerse intermitentemente en las cumbres del pensamiento. En cuanto a la falta de estímulo y de acicate, ¿qué mayor estímulo que el derivado del propio trabajo, qué mayor acicate que la atracción de la dificultad no vencida?

Otro de los pretextos que alegan nuestros hombres de ciencia para cohonestar su improductividad, es la decantada "falta de medios materiales". Según ellos, no cabe cultivar la Astronomía en el Perú porque no existe un gran observatorio, ni la Física y la Química porque carecemos de laboratorios adecuados, ni la Botánica porque sólo existen herbarios en

los grandes países extranjeros. De todo cuanto dicen, esto es lo que encierra un mayor contenido de verdad, sin ser la verdad pura, precisamente. Es cierto que la falta de recursos materiales hace imposible la realización de cierto tipo de trabajos: nadie pretenderá que un astrónomo estudie los detalles de la superficie lunar si carece de un buen antejo, ni que un químico busque nuevos elementos sin más recursos que los de un laboratorio rudimentario. Pero hay infinitas investigaciones, de las más simples a las más grandiosas, que pueden efectuarse sin costosos medios materiales. Así, el lado teórico y matemático de las ciencias físicas puede abordarse sin necesidad ni siquiera de conocer los instrumentos que sirven para las investigaciones experimentales. Una prueba de ello la tenemos en el hecho notorio de que el brillo descollante de la Física Matemática en Italia se debe a la pobreza en que hasta hace poco han vivido las universidades italianas, y a su carencia de laboratorios.

Es deber ineludible del Estado y de las grandes instituciones científicas nacionales el establecer y mantener observatorios, museos, laboratorios y bibliotecas para fomentar el alto cultivo de la ciencia; pero si aquellos no cumplen ese deber, que cumplan el suyo nuestros hombres de estudio, produciendo lo que se puede producir con los reducidos elementos con que cuentan.

Muchos de nuestros intelectuales se quejan de la indiferencia del medio, y sobre todo de la falta de ayuda pecuniaria del Estado para sus trabajos, comparando esta situación con lo que ocurre en los grandes países de Europa y de América, donde la investigación científica es ampliamente sostenida y subvencionada por el Estado, de manera directa o indirecta. Esta queja es fundada como queja, pero carece de valor como excusa de la falta de producción científica nacional. El Estado no podría subvencionar a ningún investigador en potencia para conseguir que se actualizen sus hipotéticas facultades; lo más que podría pedirle sería que favoreciera y sostuviera trabajos ya iniciados que hubiesen revelado efectivamente una capacidad excepcional. Y esa protección del poder público no se podría esperar que consistiese, como alguien ha pretendido, en pensiones que permitieran a los sabios dedicarse exclusivamente a la investigación: seguramente que en un país nuevo como el Perú, y tratándose de hombres que en la mayoría de los casos no acusan una polarización total de su vida hacia la ciencia, lo más que puede esperarse del Estado es el establecimiento de institutos donde se hallen los medios de investi-

gación que no pueden estar al alcance de los particulares, y una protección indirecta a los hombres de ciencia, consistente en cátedras y otras situaciones académicas. Por lo demás, el imputar a la inercia de los poderes públicos la propia inercia intelectual es la manifestación extrema, absurda y cómica ya, de la cómoda costumbre de culpar al Gobierno de todos los males que afligen al país.

Dentro de algunos campos de la vida mental, suelen decir nuestros intelectuales que ya no cabe la investigación original, y sí sólo el cultivo más o menos erudito de una ciencia totalmente hecha y perfecta. Son los cultivadores de la Matemática, principalmente, quienes disfrazan su improductividad bajo esta capa de pesimismo paralizador. Mas si vemos las cosas con exactitud, hallaremos que quienes sostienen esa teoría carecen por entero de fundamento y de razón. Ciertamente que la suma de números enteros o el estudio elemental de las propiedades métricas del triángulo ya no parecen ser susceptibles de perfeccionamiento; pero todo matemático digno de este nombre sabe que las disciplinas más elevadas de esta ciencia son huertos donde se cosechan frutos maravillosos.

Vemos, por lo tanto, que es fácil convencer de la falacia de sus argumentos al hombre de estudio que se excusa francamente de hacer trabajos originales. En cambio, ha de sernos muy difícil luchar con otro tipo de hombre: con el que, conviniendo con nosotros en la necesidad y en el deber cultural y patriótico de hacer labor personal, aplaza para más tarde sus investigaciones, o por lo menos la exposición sistemática de sus ideas, o en fin su publicación. Conozco por personales y muy dolorosas experiencias lo que son estos hombres, pues en mi vida he tenido ocasión de conocer a varios de ellos. Se trata en general de individuos de alto valer intelectual y moral, que por una exagerada obsesión de sólo publicar una cosa perfecta y muy elaborada, dejan pasar los años y los lustros de su existencia, dedicados a otras ocupaciones, o a ir acopiando lenta y pacientemente materiales e ideas para el momento en que se resuelvan a escribir un gran libro. La experiencia prueba que las más veces, la muerte o la senilidad se presentan antes de que el libro haya sido escrito o el material elaborado. Así ha sucedido trágicamente en los casos que me ha sido dable encontrar de este tipo de intelectuales, todos los cuales se han llevado a la tumba, unas veces el secreto de sus ideas y de su saber, y otras por lo menos el espíritu sistemático y personalísimo que las habría informado, de haber sido publicados por ellos mismos.

La sentencia popular de que "nadie tiene la vida comprada," son los hombres de ciencia quienes más debieran tenerla en cuenta, y aprovechar el presente, el día de hoy, para consignar en la mejor forma posible sus ideas y para realizar sus trabajos.

Muchas veces estos investigadores del eterno mañana, se excusan con el sofisma de que aún les falta realizar ciertos experimentos, o encontrar ciertas especies biológicas, para completar sus estudios. Inaceptable pretexto para postergar la exposición y publicación de sus trabajos ya realizados o de sus ideas ya concebidas: que escriban y publiquen ahora lo que ya tienen pensado; y que dejen para ulteriores memorias, libros o folletos, las ideas que acudan en lo venidero a su mente, las experiencias que realicen, las observaciones que recojan.

No olvidemos que la ciencia no es el arte: un cuadro ha de salir perfecto desde el primer momento de las manos del pintor; pero la verdad muy raras veces surge en su forma definitiva, siendo antes bien alcanzada casi siempre mediante una larga serie de aproximaciones sucesivas.

Creo poder llegar a la conclusión de que un hombre de estudio inteligente y patriota, no tiene excusa que oponer a una exhortación para dedicarse al trabajo científico. Veamos, entonces, cuál habrá de ser la actitud espiritual con que ha de emprenderle.

Un investigador que una la discreción a la capacidad, sólo puede acercarse a los problemas científicos poseído de verdadera unción, con plena conciencia de la dificultad y de la trascendencia de la tarea que va a emprender, sobrecogido ante la magnitud grandiosa de los problemas que cada día palpitan en los ámbitos de la ciencia, lleno de humildad ante la desproporción entre las dificultades que ha de vencer y la debilidad de sus fuerzas. Sólo la actitud de un sacerdote en el momento de celebrar un sacrificio, puede ser comparada con la actitud del sabio que se dispone a dedicar una parte de su vida al cultivo personal de la ciencia.

Imposible sería dar indicación o consejo alguno sobre la dirección en que un hombre haya de orientar su actividad en el campo de la investigación científica. Entran para determinarla su vocación, su interés, su estructura mental. Pero sí sabe decir una palabra sobre la amplitud de las cuestiones que un sabio piense abarcar en sus trabajos. En las cien-

cias históricas y sociales puede ser amplio, pero en las físicas y matemáticas ha de ser un campo estrechamente limitado: sólo así le será posible a un investigador llegar a dominar completamente las cuestiones que se propone resolver. Pero para trabajar en tan estrecho dominio, es indispensable conocerlo y conocer sus relaciones con los campos vecinos. De manera que quien pretenda hacer obra científica personal, debe comenzar por estudiar a fondo, de manera exhaustiva, sin retroceder ante ninguna dificultad, la disciplina que va a cultivar y todas aquellas que le sirven de apoyo y fundamento. Así, por ejemplo, si pretende trabajar en el campo de la Física Teórica o de la Astronomía, habrá de adquirir una consumada versación no sólo en estas ciencias mismas, sino en las Matemáticas que son su base, sin arredrarse por la suma de esfuerzo y de labor que ésto pueda demandarle. Son irrisorios los hombres que afirman orgullosamente haber dedicado meses enteros a dominar una ciencia; se necesita muchos años de esfuerzo tenaz e infatigable, para adquirir una versación sólida en cualquier disciplina.

Y el hombre que pretende hacer obra personal, no debe quedarse en el tronco, grueso, seguro y firme, del árbol de la ciencia: debe, por el contrario, escalar las ramas más elevadas, delgadas aún y vacilantes, porque es en ellas donde aparecen los nuevos brotes, son ellas las que llevan las yemas terminales que hacen crecer la planta.

Extraña y paradójica actitud la del espíritu investigador: necesita ver mucho y conocer un campo muy amplio, pero mirar un campo muy estrecho: sólo cabe hacer obra personal en problemas específicamente delimitados y concretos. Y no sólo ha de ser limitado al punto de partida, sino que toda la marcha del trabajo intelectual debe mantenerse dentro de tales fronteras que pueda el investigador gobernar severamente el proceso de su pensamiento.

En nuestro país, donde carecemos de una fuerte y vasta tradición científica, donde tenemos que iniciar una verdadera corriente de producción original, no es posible esperar por ahora que se produzcan trabajos de primer orden. Por esta razón, los hombres que entre nosotros quieran dedicarse a la investigación científica y contribuir en esa forma a la cultura nacional, deben tener ambiciones modestas, y no creer que con sólo proponérselo van a opacar las glorias de los más grandes conquistadores de la verdad. Está reservado a los genios sobrehumanos el realizar esas vastas síntesis globales que abarcan faces grandiosas del Universo: New-

ton y la Gravitación Universal, Einstein y la Relatividad, Planck y los Quanta, son buenos ejemplos de ello.

Otro escollo que ha de evitarse, es el constituido por la tendencia a una filosofía superficial y ligera. La mentalidad peruana, por exceso de imaginación y también—forzoso es decirlo—por falta de suficiente lastre cultural, tiende demasiado fácilmente a eludir las dificultades y durezas de la investigación científica, adoptando el camino suave de la divagación de apariencia filosófica. Esta inclinación a filosofar a propósito de cada problema, que suele mirarse como una prueba de amplitud de pensamiento y de trascendencia de criterio, no es en realidad sino un síntoma de pereza, una huida frente a las dificultades de la investigación verdaderamente científica. Yo respeto y admiro los estudios filosóficos, y creo que son elemento integrante de toda cultura orgánica y profunda; pero sostengo que nuestros filósofos deben serlo por esencia y no por accidente, y deben ser reclutados entre mentalidades de verdadera contextura filosófica y no entre investigadores científicos fracasados o perezosos.

He dicho que el hombre de ciencia, si no es un genio extraordinario ni está cegado por una vanidad presuntuosa e imprudente, debe atenerse a estudiar puntos concretos que son los temas propios de la ciencia, huyendo de la propensión a escribir grandes libros o a elaborar amplios sistemas. En cambio, en las disciplinas jurídicas, históricas y económicas, si se dá la obra extensa, el libro fundamental, como manifestación clásica del trabajo de aliento; y quienes las cultivan deben defenderse por el contrario de la tendencia a la monografía, al trabajo corto, que constituyen en esos campos, manifestaciones de una labor frecuentemente superficial y de escasa monta. Entre nosotros no es infrecuente, por desgracia, esta dispersión de altas capacidades en faenas menudas y subalternas. Los hombres de estudio que renuncian a realizar un trabajo fundamental o a escribir un perdurable libro, perdiendo así la gloria que pudieran esperar de la posteridad y prefiriendo contentarse con el aplauso de sus contemporáneos, constituyen una pérdida esencial y definitiva para la cultura nacional; porque la suma de sus trabajos, aunque excelentes, circunstanciales y efímeros, no vale ni en significación ni en permanencia lo que hubiera valido la obra que dejan escribir. Son, según la imagen genial de Jacinto Benavente, escultores que destrozan el bloque de mármol en que hubieran podido tallar una estatua, para hacer graciosas figurillas con sus fragmentos.

Urge, pues, fomentar y alentar la producción científica en todas sus direcciones; y en esto tienen las universidades una misión esencial que cumplir. Mucho se ha escrito contra la Universidad considerada como una fábrica de profesionales, y mucho se ha defendido la tesis que quiere darle un papel orientador y crítico en las cuestiones que a diario se suscitan en la vida de un país. No comparto estos puntos de vista: a mí me parece función importantísima de la Universidad la de preparar a los profesores de las diversas carreras liberales que necesita la sociedad moderna; y en cuanto a la pretendida misión de orientar la conciencia nacional y de consagrar o condenar la marcha de los asuntos públicos, ella podría arrastrar a las Universidades a la vorágine de las luchas políticas, con todas las espantosas consecuencias que esto acarrearía para la eficacia de su verdadera función intelectual y científica, para la normalidad de su vida, y para su existencia misma. Tampoco creo que pase de un snobismo el señalar como misión a la Universidad la creación de la ciencia y la investigación sistemática; cosas que hace, como dijo Lorentz en el Congreso Solvay de 1911, un investigador aislado en un rincón del mundo. Pero sí creo que la Universidad debe, entre los jóvenes que la frecuentan en pos de un título profesional o en pos de una formación cultural, discernir a los que sean aptos para la investigación científica y encauzarlos por ese noble y difícil camino.

Eso debemos hacer en la Universidad Católica, con claro concepto de lo que la alta formación intelectual y el espíritu de investigación significan para la grandeza de un pueblo. Y formulemos votos porque muy pronto veamos compartiendo con nosotros esta noble tarea, a la universidad oficial, a la secular Universidad Mayor de San Marcos, ya que la organización y fomento de la cultura superior, que para las huestes católicas es un derecho, para el Estado es un deber.

Quienes no nos conocen ni nos comprenden, han llegado a suponer con inconcebible ligereza, que la Universidad Católica podía tener algún interés en que el actual receso transitorio de la universidad oficial continuara indefinidamente. Basta un somero análisis para ver lo absurdo de tal idea. Una Universidad Católica sólo puede existir gracias a la libertad de enseñanza, y si tenemos que oponernos por principio al monopolio de la instrucción por el Estado, no tendremos jamás la ceguera de pretender ejercerlo nosotros. Por otra parte, todo monopolio es peligroso, no sólo para quien tiene que someterse a él, sino y principalmente para quien lo

ejerce. Y si nunca una universidad particular puede pretender, sin negarse a sí misma, defender un monopolio de la educación, menos podrá hacerlo una Universidad Católica, que tiene interés primordial en que sólo frecuenten sus aulas los que quieran libremente venir a ellas, sin verse forzados por un monopolio aunque sea de hecho.

Una Universidad del Estado y una Universidad Católica pueden y deben coexistir sin desmedro para ninguna de ellas, y así lo vemos en casi todos los países del mundo. Es posible que se establezca una cierta noble emulación benéfica entre ambas instituciones, es posible que se entable una pugna por superarse y por servir mejor a la juventud y al país: de ello todos obtendrán provecho.

La Universidad Católica del Perú anhela, por eso, ver muy pronto llena de noble vida a la Universidad Mayor de San Marcos, con la cual muchas cosas la unen y de cuyo verdadero espíritu nada la separa; y estamos tanto más seguros de que ambas instituciones pueden cumplir paralela y armónicamente sus fines, cuanto que tenemos la experiencia de los últimos dos años, en que la Facultad de Ingeniería de nuestra Universidad ha funcionado simultáneamente con la Escuela de Ingenieros del Estado, sin que ninguna de las dos haya producido a la otra el más leve menoscabo.

Además de las Universidades, el Estado debe fomentar la investigación científica por todos los medios que tiene a su alcance: enviando al extranjero a jóvenes profesionales que se hayan destacado en sus estudios y revelado espíritu de investigación original; dotando al país de laboratorios, museos, observatorios y bibliotecas; haciendo venir a grandes personalidades mundiales encargadas de dictar cursos y conferencias; y subvencionando a las instituciones científicas y a los periódicos de igual índole. He allí un grande y hermoso programa por realizar, que ha dado excelentes resultados dondequiera que se le ha acometido con brío y con acierto.

En los países más adelantados, la industria favorece la investigación científica de cuyos resultados espera ventaja de orden técnico. Quizá no es demasiado quimérico el esperar que nuestros industriales entren por este camino, sobre todo en ciertos ramos de la industria.

Actualmente existen en nuestro país pocas instituciones de índole intelectual, como academias, sociedades científicas, ateneos, etc., y entre las que existen, varias llevan apenas una vida latente. Convendría revitalizarlas y organizar otras que aún hacen falta, tareas que urge emprender

con la mayor elevación espiritual y prescindiendo de toda mira estrecha. Estas instituciones sostendrán periódicos en que puedan publicarse las producciones de nuestros hombres de estudio, y que constituirán vehículos que permitan la irradiación del espíritu nacional.

Yo habría querido terminar este discurso sobre la producción científica original, recordando las figuras de quienes entre nosotros han ilustrado con ella su nombre; mas no me atrevo a hacerlo, temeroso de incurrir en omisiones lamentables o en errores de valorización si invado terrenos que no son los míos. Permítaseme, por eso, evocar tan sólo la figura siempre presente del más grande y admirable investigador que haya producido nuestra patria, a quien tuve la dicha de conocer y tratar de cerca: la figura de Federico Villarreal, que por su honradez intelectual, por su tenacidad, por su genio auténtico, es sin duda una de nuestras primeras glorias nacionales, gloria indiscutible puesto que era un producto genuino de nuestra raza y de nuestro suelo. Verdadero héroe del pensamiento, este hombre insigne consagró su vida entera a las ciencias más abstractas y más arduas. En un ambiente fácil y frívolo, donde casi todos retroceden ante las empresas de largo aliento, este navegante solitario puso la proa de su barca hacia el horizonte inasequible y fugitivo de la verdad, y navegó sin arriar jamás su vela ni enmendar su rumbo.

El caso de Villarreal es aún más sorprendente, si se piensa en que nadie o casi nadie le comprendía ni le apreciaba. Las gentes al verle luchar como un titán, al contemplar su vida consagrada a la ciencia le miraban con indiferencia si no con ironía, mientras él iba siempre adelante, llevando consigo, cual Moisés en el poema de Vigny, la tragedia de su soledad y de su grandeza.
